

El reto de no abandonar el debate público

Los esfuerzos en Alemania para crear un clima sano de opinión

DER SPIEGEL

Los estudiantes irrumpen violentamente en las aulas para impedir la clase de un determinado profesor «fascista». Algunos dirigentes políticos ponen en la picota el credo establecido del Estado. La mayoría piensa que hay que llevar cuidado con lo que se dice por el temor al linchamiento en Internet... La libertad de expresión fatiga, pero no hay que dejarse vencer por el cansancio, según muestra el caso alemán.



¿La libertad de expresión da derecho al discurso del odio?

Foto: © Shutterstock.

Miércoles, 30 de octubre de 2019. El sol luce. La facultad de Física de la Universidad de Hamburgo se esconde a lo lejos del campus, a la sombra de los pabellones de la feria y de la prisión preventiva de la justicia de Hamburgo. Hace dos años pasaba por aquí aproximadamente el cercado de la zona con motivo de la cumbre del G-20. La policía conoce cada rincón de este lugar. Pero esta vez no se trata de la protección de los poderosos jefes de Estado. Esta vez se trata de que finalmente el político y profesor Bernd Lucke pueda impartir su clase: Microeconomía II.

En las pasadas semanas no lo ha conseguido en dos ocasiones porque los estudiantes y activistas locales de Antifa [«Antifascistische Aktie»: Acción antifascista: red de extrema izquierda] se lo impidieron. En la primera oca-

sión le abuchearon llamándole «cerdo nazi». En la segunda, algunos de ellos le asaltaron al modo de los ataques de guerrilla, cuando el auditorio estaba escasamente custodiado por agentes del orden.

Que los estudiantes impidan las clases de profesores mal vistos es un hecho que se ha repetido de vez en cuando; a posteriori nunca parecía malo. Los jóvenes tienen una especie de derecho a la protesta y a traspasar límites que a veces se ve como algo inteligente y otras como algo bobo. Quizá la parsimonia fuera la mejor respuesta.

¿Pero cómo continuar? ¿Tranquilidad en una sociedad exasperada? A las dos clases que no ha podido dar Lucke, hay que sumar que se impidiera presentar su libro al exministro del Interior Thomas de Maizière en la ciudad de Gotinga, y el rechazo por parte de la Universidad de Hamburgo a un encuentro de un grupo de estudiantes liberales de esa universidad con Christian Lindner, el presidente del FDP [Partido Democrático Libre; en alemán: Freie Demokratische Partei, un partido político liberal clásico de Alemania]. Ello, en combinación con un par de declaraciones desafortunadas de los políticos de Hamburgo, y ya se celebra en el Bundestag (Congreso de los Diputados), una cita marcadamente airada de los diputados sobre «Defender la libertad de opinión en Alemania».

MIEDO A DECIR LO QUE SE PIENSA

A eso se añade un raudal de artículos, muchos con la indicación de que casi las dos terceras partes de los ciudadanos tienen miedo a decir lo que piensan. «Los límites

de lo decible», «el terror de la virtud» son conceptos que van y vienen. A veces se llega al colmo: como si el nacionalsocialismo y el estalinismo hubieran juntos revocado los derechos fundamentales. Lo que este debate muestra sobre todo es que la libertad de opinión está bastante viva. Y fatiga mucho.

La libertad de opinión está también bastante viva porque el debate, paradójicamente, ha llevado a una situación en la cual en Hamburgo, de forma completamente real, no en el anonimato de Twitter sino en un aula con auténticos estudiantes dentro y auténticos policías fuera, se ha de imponer la libertad de opinión sin que fundamentalmente se la amenace. Bernd Lucke, profesor de Economía Política en Hamburgo, fundador del partido AfD, cueste lo que cueste podrá dar su clase este miércoles 30 de octubre de 2019.

La víspera la universidad envió una nota a la prensa. Es un documento que refleja un sutil nerviosismo. La clase se celebra cuando está previsto, después de que la propuesta de la universidad de que fuera *online* hubiera sido rechazada por el profesor Lucke. La universidad aspiraba al descenso progresivo de la violencia. También pidió que las clases la aseguraran las fuerzas del orden estatales. Parece que había que contar con lo peor, incluso se preparó

Dos terceras partes de los encuestados creen que no se puede decir nada malo de los extranjeros en Alemania sin que a la vez se sea insultado por racista. Más de la mitad encuentra que el Gobierno calla la verdad a la población

el ambulatorio psicoterapéutico de la universidad para el tratamiento *ad hoc* de posibles trastornos postraumáticos de los estudiantes y demás personal.

¿Y qué? No pasó nada. Vienen trescientos estudiantes, es una clase obligatoria, miércoles a las 12 horas. Unos cien policías vigilan. Hay entre treinta o cuarenta policías y más o menos el mismo número de manifestantes o quizá solo interesados, no está tan claro. Lucke consigue entrar por un pasillo lateral, sin que se note, al aula, que se llama «Otto Stern», según el físico alemán que en 1933 tuvo que dejar Alemania y que en 1943 recibió el premio Nobel. Según un tuit de un estudiante, durante la clase Lucke gasta la broma de que la elección del lugar, comparado con una prisión, es bastante aceptable, en el caso de que haya protestas.

Esto es también la buena noticia: la libertad de opinión permanece intacta en lo sucesivo. Se han asegurado los derechos fundamentales y ni siquiera hay que defenderlos de posibles ataques. La otra noticia: Bernd Lucke ha ganado. Casi podría llegarse a la idea de que es la mente genial detrás de toda esta comedia alemana, pero eso es demasiada honra. Lucke mismo debe estar bastante sorprendido de su renacimiento político. Tendría que darle las gracias a Antifa y a los estudiantes.

ALGO HA CAMBIADO

El debate sobre la libertad de opinión, su amplitud y su efecto muestran de forma bastante exacta cómo se constituye lo público: desde la lucha política hasta el mundo de los sentimientos de los ciudadanos, inseguros y políti-

camente inestables. El debate muestra el poder de las redes sociales y de las plataformas *online*, pero también el caos que los tiempos digitales han traído a la esfera del cuarto

La afirmación de las nuevas derechas de que son las únicas que hablan de tabúes atrae a los electores

poder. Nuestro espacio público, parece, es una casa de locos de opiniones y descalificaciones, ideologías y suposiciones.

Y realmente algo ha cambiado: los populistas de la derecha están en lo alto de los gobiernos en casi todas las regiones del mundo, tienen la habilidad de adaptar la realidad a lo que a ellos les convenga. Donald Trump y Boris Johnson son los más conocidos. En Polonia, en Brasil, pero también en Filipinas las cosas no son muy diferentes. Y en Alemania el fortalecimiento de la AfD ha influido masivamente el debate público.

Hay una serie de encuestas y de estudios que muestran cómo ha cambiado el clima de opinión, e insinúan las consecuencias que podría tener. Dos terceras partes de los ciudadanos, según una encuesta de mayo del Instituto Allensbach de Investigación de Opinión Pública, están convencidos de que se ha de llevar cuidado hoy en día acerca de qué temas tratar y cómo uno ha de manifestarse sobre ellos. Se refieren a asuntos como los refugiados, el islam, el tiempo del nacionalsocialismo y los judíos, el extremismo de derechas y la AfD. Ciertamente el 76% valora como inaceptable el dicho de Alexander Gauland [diputado y fundador de la AfD] de que Hitler y los nazis son «una cagada de pájaro en más de mil años

de historia alemana exitosa». Más de la mitad responde a la vez también que «les saca de quicio que siempre se les prescriba lo que han de decir, cómo han de comportarse».

El estudio de Shell, ahora publicado, sobre las imaginaciones y los pensamientos de más de 2.500 jóvenes entre 12 y 25 años, concluye algo parecido. Dos terceras partes de los encuestados creen que no se puede decir nada malo de los extranjeros en Alemania sin que a la vez se te insulte como racista. Más de la mitad encuentra que «el Gobierno calla la verdad a la población». Por lo menos una tercera parte teme que la sociedad está «infiltrada por el islam».

No son aciertos por casualidad. El resultado empírico es robusto. La empresa demoscópica Infratest Dimap, antes de las elecciones regionales en Sajonia y Brandeburgo, puso a consideración de los ciudadanos una pregunta. Estaban de acuerdo el 64% de los sajones y el 69% de los de Brandeburgo en que ante algunos temas «hay que limitar a quién da uno su opinión». Según un estudio de la fundación Friedrich Ebert, hay un dictado de la opinión en Alemania para el 55% de los encuestados. En una encuesta del PEN (centro de Alemania) entre autores y periodistas, el 75% se mostraba preocupado por la situación de la manifestación de la opinión libre en Alemania.

En los años setenta se llamaba a eso espirales de silencio. Entonces se decía que muchos conservadores no se atrevían a manifestar abiertamente sus puntos de vista: se distorsionaban mucho por el paso de los medios al clima de opinión. Mientras tanto han sido los retóricos de la

indignación, los provocadores de los linchamientos digitales, los que dan la impresión de que no pueden hablar de forma libre. A eso se llama hoy el *chilling effect* (efecto desalentador; efecto paralizador).

SUSANNE SCHRÖTER Y EL VELO

Una notoriedad especial ha logrado Susanne Schröter, profesora de Etnología en la Universidad de Fráncfort, porque se la ha pillado dos veces. Investiga «órdenes normativas», es decir, se ocupa de la cuestión acerca de lo que se debe y no se debe decir.

El primer desliz sucedió en 2017. El sindicalista de la Policía Rainer Wendt tenía que hablar, dentro de la serie de conferencias organizadas por Schröter, sobre «El día a día policial en la sociedad de la inmigración». Wendt gozaba de cierta fama. Durante la crisis de los refugiados había propuesto cercar la frontera alemana y había defendido que no había sesgo racial en la Policía, es decir, que los agentes no controlaban con preferencia a los hombres de piel oscura.

A Schröter le llegaron correos e insultos de las redes sociales, porque se había atrevido a invitar a la universidad a un racista. Después, unos sesenta científicos de la universidad le enviaron una carta abierta en la que indicaban que Wendt era partidario de una forma ofensiva de praxis policial racista. «Esperamos que no se le ofrezca a Rainer Wendt una escenario en la Universidad Goethe de Fráncfort», decían.

Schröter desistió. No porque los argumentos le hubieran convencido, sino porque no quería ser responsable de

que hubiera heridos a causa de una posible intervención policial si se celebraba su conferencia.

En mayo de este año se repitió el problema. Era un acto sobre el velo. Schröter había invitado a diversos especialistas con variados puntos de vista. Esta vez vinieron los ataques tanto por la derecha como por la izquierda. Los activistas exigieron que se echara a Schröter. La dirección de la universidad la apoyó, se apuntaron a su sesión unos setecientos interesados. Al final apenas hubo protestas.

DIFAMAR AL CONTRARIO

En todos esos casos se trata menos del intercambio de argumentos, como de difamar al otro por los extremos exagerados que se emplean. Ya no hay que estar pendiente del arduo trabajo de seguir los razonamientos, porque el otro según lo que se elija es racista, fascista o de la extrema izquierda.

La AfD intenta hacer creer a sus seguidores que tales acciones se dan solo en la izquierda (al parecer, la izquierda es la policía de la opinión dominante), a la que le importa hacer callar a la AfD y a otros de la derecha. Pero en realidad la derecha tiene instrumentos parecidos en el repertorio.

La afirmación de las nuevas derechas de que son las únicas que hablan de tabúes atrae a los electores, aunque en Alemania a nadie se le impide decir lo que piensa. Pero el problema es Internet, que produce dos cosas contradictorias: la posibilidad libre de decirlo todo. Y la posibilidad sin límites de llevarse una bronca por todo. También por

manifestaciones sensatas. De ahí el sentimiento de falta de libertad.

El caso del editor Stefan Kruecken quizá ilustra cómo se llega a ese sentimiento. Kruecken dirige, con su esposa, una pequeña editorial

para literatura en el norte de Alemania. Hace tres semanas, a la pregunta del Instituto Allensbach de Investigación de Opinión Pública, sobre si en Alemania hay que llevar cuidado con lo que se dice, hubiera contestado «no». Pero una entrada de Facebook con motivo del caso de Bernd Lucke, que él había puesto en la página de Internet de su editorial (Ankerherz), ha sacudido su seguridad.

Después de que Lucke no hubiera podido dar su clase, Kruecken escribió: «Lo que hoy pasa en la Universidad de Hamburgo debería preocupar a todo aquel que vive nuestra democracia. Insultar a Bernd Lucke como un “cerdo nazi”, prohibir que hable, abuchearlo bajo la bandera de Antifa, es profundamente antidemocrático».

Ankerherz no es una editorial próxima a la AfD. Al contrario. Su hasta ahora libro más exitoso, *Sturmwarnung* (Aviso de tempestad), es la biografía de un capitán de Hamburgo, que de niño creció como nazi convencido entre las ruinas de la guerra y que hoy ve en peligro la tolerancia y la apertura al mundo. Desde hace años Ankerherz publica comentarios contra la AfD y contra Pegida [Patriotas europeos contra la islamización de Occidente,

La libertad de opinión no protege de la opinión de otros, de que critiquen nuestra opinión. El que habla debe contar con el discurso en contra

en alemán, *Patriotische Europäer gegen die Islamisierung des Abendlandes*, un movimiento político nacionalista alemán, lo que había provocado amenazas de muerte al editor. Sin embargo ahora, con esa entrada de Facebook, según Kruecken, cosechó en 72 horas más de cinco mil comentarios sobre su advertencia de que la democracia estaba en peligro.

Lo que intranquilizó de forma particular a Kruecken no era tanto el «rugido de odio desde la selva de Facebook», como los comentarios de gente que le apoyaba, que lo lamentaban, que veían las protestas contra las clases de Lucke de forma tan crítica como él, pero que no se atrevían a decirlo públicamente.

LÍMITES A LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

¿Se debe decir todo lo que se quiera? Naturalmente que no. La libertad de expresión es un bien alto, importante, pero no el mayor en nuestra Constitución. «La dignidad de los hombres es inviolable», dice el artículo 1 de la Constitución alemana. No se debe insultar a nadie, llamarlo «cabrón», aunque lo sea. Al contrario que casi por todas partes en el mundo, se prohíbe por ley en Alemania negar el Holocausto.

La libertad de opinión es un derecho fundamental, pero incluso los derechos fundamentales no valen de forma ilimitada, aunque solo sea porque algunos competen con otros. Sobre todo la libertad de opinión no protege de la opinión de otros, es decir, de que critiquen nuestra opinión. El que habla debe contar con el discurso en contra.

El clima de opinión se ha hecho más bruto. Lo que tiene que ver mucho con la AfD, la cual ha desplazado hacia la derecha el discurso. Los políticos de la AfD dicen cosas que desde hacía tiempo ya no se decían en voz alta. Se podría argumentar que con ello han ampliado la libertad de opinión y que por otra parte utilizan los debates para presentar las limitaciones de la libertad de expresión, lo que resulta en una profecía autocumplida.

Estrategia populista: presentarse como la única fuerza relevante combatida por el *establishment* político y mediático

BJÖRN HÖCKE

En la víspera de las últimas elecciones en Turingia, Björn Höcke, mascarón de proa del ala nacional-patriótica de la AfD, se subió a una tribuna en Erfurt, especialmente diseñada para él, en un lugar prominente de la ciudad. A la derecha y a la izquierda del podio se colocaron dos jóvenes sobre unos vehículos con enormes banderas de Alemania. Cuando Höcke decía una gracia, los jóvenes movían las banderas.

La libertad de opinión es uno de los temas preferidos de Höcke. Viene muy bien a su estrategia. Él quiere debilitar la fe en la democracia, en los partidos establecidos, en los medios. Afirma: «Vemos cómo la única fuerza relevante de la oposición —y esa es la AfD— es combatida por el *establishment* político y mediático». El derecho central en una democracia, la libertad de opinión, se oprime por medio de la corrección política. Y entonces suelta su agudeza: «El *establishment* polimediativo de este país ha

transformado nuestra democracia en un Estado de credo». Batieron los jóvenes las banderas, el público abucheó y aplaudió.

El mismo Höcke fue materia de un caso legal sobre libertad de opinión, que se tramitaba en el tribunal contencioso-administrativo de Meiningen (Turingia). Se trataba de la cuestión de si a Höcke en una manifestación se le puede llamar fascista. El ayuntamiento de Eisenach lo había prohibido, pero el asunto se dirimió en los tribunales.

En la sentencia, los jueces subrayan que llamarle fascista no era una calificación inventada; había datos para fundamentarla. Aludían a un libro de entrevistas de Höcke de junio del año pasado. En él se hablaba de que era necesario un nuevo Führer, de que parte de la población tenía que ser excluida, en especial los inmigrantes. Höcke era partidario de «la limpieza de Alemania». Con una escoba fuerte, una «mano robusta», y un «maestro de la disciplina» había que limpiar la pocilga. Sobre Hitler afirmaba que «se le presenta como el mal absoluto» y que no es tan «o blanco o negro».

Se puede llamar, pues, a Höcke, fascista. Viva la libertad de opinión. Sobre todo si se basa en hechos.

La víspera de la elección en Turingia la frase “Höcke, el fascista” se convirtió en eslogan. Annalena Baerbock, presidente de los Verdes, como primera, lo insultó así. Muchos la siguen. “Höcke, el fascista”. Decirlo aquella tarde tenía algo de aterrador, pero también de satisfacción. En la sesión en directo de los principales candidatos en la MDR [radio de Turingia] se lo lanza incluso a la cara Anja Siegesmund, de los Verdes.

¿Y Höcke? Tiene una mirada llameante. Pero no muestra irritación, ni miedo. Al contrario, exhibe algo así como una sonrisa, como si se alegrara de que lo insulten.

A Höcke y a Lucke les separa algo más que unas cuantas letras en el nombre. Tienen poco en común. Uno es un fascista, el otro, no. Pero una lección han aprendido en esta pieza teatral que se llama libertad de expresión: cuanto más alto se le insulta a uno y se le presenta como lo malo, más le aprovecha. ■

Extractado del artículo aparecido en *Der Spiegel* 45/ 2.11.2019, pp. 10-19, y que acompaña a la entrevista realizada a Mathias Döpfner (versiones completas en castellano en www.nuevarevista.net).

© Tobias Becker, Anna Clauß, Silke Fokker, Lothar Gorriss, Armin Himmeltrath, Peter Maxwell, Ann-Katrin Müller, Miriam Ulbrich, Klaus Wiegrefe. *Der Spiegel / The New York Times*.

© de la traducción: José Manuel Grau Navarro.

Más sobre Libertad de Expresión en www.nuevarevista.net

- *En defensa de lo políticamente correcto*
(Eduardo Maura).
- *La desinformación a juicio*
(Juan José Lavilla Rubira y Juan José Lavilla Ezquerria).
- *A propósito de Paul Boghossian en “El miedo al conocimiento”*
(José Antonio Ruiz San Román).
- *¿Una libertad amenazada?*
(Javier Aranguren).
- *A favor y en contra: ¿libertad de expresión sin restricciones?*
(José Manuel Grau Navarro).